

PETTY, LA PALOMA MENSAJERA

Petty era apenas una paloma mensajera, y no era de las mejores. Era tan simple y tonta que su dueño pensó: "Apenas surja una oportunidad, voy a venderla, pues no creo que llegue a valer mucho".

Así Petty, junto con otras palomas de un gran palomar en Nueva York, fue embarcada en un tren para hacer un largo viaje hacia una ciudad en la costa occidental de los Estados Unidos, y de allí enviada en un barco a Australia.

Es claro que Petty no disfrutó mucho de aquel largo viaje.

Todos los días trataba de salir de su jaula y volar de regreso a su viejo hogar; la jaula estaba bien cerrada, y la pobre Petty estaba presa. Después de muchos días sobre las aguas del Océano Pacífico, el barco atracó en el puerto de Sidney, Australia, con Petty retenida en su jaula.

Sonaron entonces los silbatos, y los hombres comenzaron a desembarcar las cajas, barriles y valijas.

Sucedió, sin embargo, que debido a la prisa, la jaula de Petty se rompió. Inmediatamente ella vio su oportunidad. Disparando a través de la abertura en la jaula, voló muy alto, por encima del barco.

Durante algunos minutos permaneció dando vueltas en el aire, a una gran altura. Y entonces voló en línea recta a través del inmenso océano, en dirección a América y a su hogar.

Jamás alguien supo alguna cosa respecto de aquel largo vuelo. Pero sabemos que las violentas tempestades y los furiosos vientos podían haber hecho desistir a Petty; no sabemos durante cuántas largas horas voló delante de las veloces águilas del mar, ni podemos evaluar el cansancio de sus alas, al volar noche y día, hora tras hora, rumbo al hogar. Tal vez tuvo algún descanso ocasional, en alguna madera flotante. No lo sabemos.

Finalmente, sus alas quedaron tan cansadas, las fuerzas tan exhaustas, que casi no podía mantenerse encima de las oscuras aguas del océano. Muchas y muchas aves más fuertes y veloces que ella, se extenuaron tanto al volar sobre el océano, que cayeron en las aguas y murieron ahogadas.

En el último instante, la pequeña Petty vio que todavía le restaba una esperanza de vida. Allá bien lejos había un barco.

¿Podría alcanzarlo? ¿Conseguirían aquellas extenuadas alas seguir volando tres minutos todavía?

Cada aleteo de las alas era tremendamente doloroso; todos los músculos estaban rígidos, como paralizados, y la pobre ave ya estaba aturdida, subiendo y bajando en el aire encima de las grandes olas verdes, casi cayendo en cada descenso.

Finalmente, aproximándose al barco, en un gran esfuerzo, se levantó por encima de él y cayó "muerta" en la cubierta, como dijeron los marineros. Había volado más de seis mil kilómetros.

Felizmente, Petty no estaba muerta, como los marineros habían pensado. Pronto recobró los sentidos, y el capitán cuidó de ella mandando que le dieran agua y comida para recuperar las fuerzas.

Cuando el barco llegó a la costa occidental de los Estados Unidos, el capitán escribió una carta en un papel de seda, contando cómo Petty había alcanzado al barco en pleno océano. La carta fue enrollada y colocada en una pequeña bobina y amarrada en la patita de la paloma. Después soltaron a Petty, para que pudiera volar de regreso a su querido hogar.

Pasados ocho días, el antiguo dueño de Petty se encontraba cierta mañana en el palomar, alimentando a sus palomas, y entonces, ¿a quién encontró allí, sino a Petty, con el notable mensaje atado en su patita? Así la pobre Petty, a quien el dueño no le había dado ningún valor, hizo el más extraordinario viaje jamás registrado de una paloma mensajera. Naturalmente, su dueño no quiso volverla a vender a nadie.